**TIERRA ROJA**

**Rhetor Rojo Mexica**

-Vivimos en un mundo donde el progreso y la familia androide corren el peligro de desaparecer -dijo Don Arjesis desde la plaza principal de la ciudad.

Este hombre era un androide de amplia fuerza, gran astucia y mente fría. Se rumoraba que él era el hombre más robotizado de la ciudad. Su semblante eran tan blanco y liso que era difícil encontrar alguna imperfección en su piel. Su cuerpo era tan grueso y ancho que era difícil creer que alguna vez pudo haber sido un humano. Su forma de caminar no parecía la de un hombre que nació hace 102 años, sino la de alguien joven.

Es el año 2100. Un tiempo en el que las personas y las máquinas convivimos y creamos lazos parentales. El 99% de los hombres son androides y tan solo el 1% de las mujeres son ginoides. Solo es posible conocer el 1% de hombres humanos cuando nacen directamente de las madres humanas, pues se los llevan a las cámaras de transformación y regresan como adultos, pero con vasta experiencia y sin la capacidad de envejecimiento. “La esperanza de vida”, sí, creo que la palabra es así, suena tan raro este concepto, porque cayó en desuso desde que casi todos los hombres se convirtieron en androides. Como decía, la esperanza de vida de las mujeres ronda entre los 35 y 40 años, porque los científicos nos recuerdan continuamente que el cuerpo de las mujeres no está hecho para ser robotizado en las cámaras de transformación y vivir eternamente. Al menos, eso es lo que nos dicen los ellos, pero no me convence esta idea. Es como volver a los tiempos del siglo XIX en los que las personas solo alcanzaban un lapso de vida promedio de 35 años. Lo más raro es que la medicina actual está mucho más avanzada, pero creo que no es suficiente para nosotras con las múltiples tareas reproductivas y, por supuesto, la vida laboral. Como los hombres robots ya no comen, duermen o se enferman, entonces cae en nosotras la responsabilidad completa de trabajar para mantener en pie la casa, la familia y la crianza de las mujeres y los futuros androides.

Tengo un recuerdo atorado que no puedo olvidar y es que cuando era niña, mi mamá me llevó a realizarme el proceso de robotización, que ya desde aquel entonces llamaban “modernización”, un proceso que, por lo que he sabido, ningún cuerpo de mujer ha logrado pasar en tiempos recientes.

Ese día le pregunté a mi mamá -¿por qué tenemos que esperar tanto?

A lo que me respondió-. Para saber si eres de las afortunadas que pueden transformarse en ginoide, porque recuerda que las mujeres somos poco compatibles con el progreso y…-

-Sí, ya sé, somos muy sentimentales y poco racionales -respondí levantando los ojos, porque era algo que escuchaba diariamente en mi casa.

Y es que la retórica de la ciencia y la tecnología siempre ha dicho que las mujeres no pueden ser transformadas en ginoides tan fácilmente, porque ya lo habían hecho una vez, con un modelo llamado Eva y fue un rotundo fracaso. Que este modelo desarrolló ideas no científicas de rebeldía y autonomía que ponían en peligro la familia androide, relegándolas a una tierra agreste, autónoma y colectiva que nombraron ellas mismas como Lesbos.

Las mujeres somos…-. Androides y otros, el día de hoy enviaremos nuevamente ataques contra la tierra de Lesbos para acabar finalmente con los engendros que han sido la peor calamidad de la humanidad, las máquinas Eva, mujeres sin capacidad de procrear, comunitarias, autónomas, irracionales, anarquistas, y posiblemente asexuadas o lesbianas -interrumpió estrepitosamente mis pensamientos la voz con eco de Don Arjesis. Aunque en esta ocasión su discurso se alargó más de lo común. Continuó diciendo–. Recuerden aquellos tiempos en los que las mujeres no deseaban ser madres, porque defendían la idea de que ellas eran dueñas de su cuerpo. Inclusive, deformaban el lenguaje cambiando las vocales de género por la “x” y la “e”, ¡Qué blasfemia! ¡No hay nada más perverso que esas locuras! -continuaba pronunciando su discurso con más vigor y emotividad que como de costumbre–. Marchas, tumultos, libros, tantas formas de reproducir esa ideología que solo promueve la destrucción de las familias y el progreso. Por eso, no hay nada más valioso que nuestra hermandad en la que el androide protege a la mujer humana ante las aberraciones de aquellas corrientes ideológicas. El androide fuerte, inteligente y racional es el hombre del mañana, porque las mujeres son flores delicadas e imperfectas, que hacen la vida androide más humana. Nos recuerdan lo bonito que son las emociones y los sentimientos. Y lo correcto que es cuidar y administrar la familia androide.

Fue notoria que la fuerza de estas palabras retumbó en los oídos atentos de todos los presentes que se encontraban alrededor. Me daba cuenta cómo los androides asentían y las mujeres enardecían de solo escuchar el discurso de Don Arjesis. Era como si sintieran una especie de ataraxia religiosa dentro de ellos.

A lado mío se encontraban dos mujeres que platicaban sobre la capacidad de los androides. La más grande de ellas, quien tenía un cabello muy cano, calculo que tenía alrededor de 30 años, dijo con admiración– Esos androides tiene una memoria excepcional, parece perfecta. Su gran fuerza es tan varonil. Y su lógica tan desarrollada que solo de pensarlo, me recuerda lo afortunada que somos por tener esposos androides.

La otra señora, de cabello más negro y con una postura más erguida le respondió– No sé qué pensar, fíjate que se dice por ahí que los androides van a la guerra a luchar para acabar con las ginoides revoltosas, las tales Eva, pero que aprovechan la ocasión para secuestrarlas y violarlas en tumulto gritándoles al oído que las mujeres, sin importar si son de acero o carne, solamente sirven para complacerlos y que sin ellos no son nada.

–Pues ellas que se lo buscan, por no adaptarse a la familia androide y al progreso –espantada e incrédula respondió la señora de mayor edad- Merecen eso y más, si algo les pasa es porque ellas se lo buscaron. Yo solo te digo una cosa: enfócate en cuidar a tu familia para evitar que alguna de tus hijas pueda salir así.

Me regresé a mi casa desconcertada y preocupada por lo que dijo la señora más joven. Recordaba que, en no más de un año, ya me habrían elegido algún androide para casarme. No me gustaría vivir en la ciudad y ser estigmatizada por envejecer sin casarme, ser una mujer grande y sin un androide que me proteja y le dé sentido a mi vida. Pero no sé, aquello de que nosotras solo servimos como instrumentos y que, por lo tanto, no somos nada sin ellos. ¡Qué tristeza! ¡Qué basura! No quiero que piensen eso de mí. Además, por qué nosotras no podemos transformarnos en ginoides. Y si las mujeres Eva no son defectuosas. Y si realmente tuviéramos las mismas capacidades y habilidades. ¡No importa! Tengo que irme a dormir, porque tengo que asistir mañana a la plática familiar de mis tías para que me introduzcan al tema del casamiento y lo que ellas llaman “la naturaleza de ser mujer”. Pero antes tengo que apuntar mis dudas para preguntarles sobre algunas contradicciones que me inquietan sobre el casamiento. Siempre tengo en la mente la palabra “divorcio” que, según las malas lenguas, es muy usada por las Eva. Mi mamá simplemente me ha dicho que está prohibida, pero por qué otras dicen que tiene un enorme poder para romper familias androides y acabar con esta realidad.

Al día siguiente, me presenté en la junta familiar de mujeres. De pronto mi tía más grande se paró a hacer la oración de la ciencia–. Gran ciencia toda poderosa, creada por los grandes hombres de la historia…- me distraje sin la más mínima preocupación, ya que me lo sabía completamente de memoria. Siempre me decía mi mamá que lo recitará todos los días desde que era niña.

–Las mujeres tienen el don de atraer a un androide que las haga sentir protegidas y valoradas - decía mi tía en tono molesto y mirándome a los ojos-. Ya que nosotras nacimos menos fuertes física y mentalmente, pero más fuertes sentimental y emocionalmente.

En cuanto dijo eso, me levante del asiento y me atreví a preguntar, mirando fijamente a cada una de mis familiares presentes-. ¿Qué significa la palabra divorcio? ¿Si los androides viven para siempre, entonces una vez que muere la mujer los androides se pueden casar innumerables veces? ¿Y si nos han ocultado que nosotras no podemos robotizarnos? ¿Y si las Eva son mujeres libres y racionales? ¿Y si la palabra casar proviene de la otra palabra cazar, o sea, tratar como objeto a alguien para esclavizarlo o asesinarlo? ¿No les molesta saber que pasa todo esto y que nos educan para esto?

En cuanto terminé de hablar, me sorprendí de haber asumido una postura retadora, nunca me había salido tal espíritu. La mirada de todas las presentes se me lanzaron como si hubiera atentado contra su vida.

A partir de ese momento, sentí como la indignación de mis familiares me hacía sentir que en cualquier momento me desterrarían de esta tierra y me mandarían con las mujeres revoltosas de Lesbos. En cuanto pensaba esto, sentí un apretón de brazo bastante suave que tenía la intención de ser fuerte. Cuando volteé vi que era mi mamá, una mujer de 40 años con poco cabello y totalmente blanquizco, ella era de las pocas mujeres de la ciudad que había alcanzado dicha edad.

Al llegar a casa, mi papá estaba ausente como siempre. Es más, creo que solo lo había visto unas cuantas veces en mi vida por más de una hora. Y las escazas veces que él me dirigió la palabra era para decirme–. Niña, aprende a ser como tu mamá, ella es ejemplar. Si no aprendes a ser una buena mujer, nunca vas a encontrar un buen androide. Edúcate y déja de rebelarte-.

La verdad es que ni siquiera sé si existe un cariño voluntario hacia él. Siempre se me ha educado a que las veces que él llega a la casa debo correr para recibirlo en la puerta y acomodar las cosas de la casa, según sus deseos.

Mi mamá, me sentó con la intención de aventarme, pero su escuálida fuerza me obligó a dejarme caer sobre la silla.

-¿De dónde has sacado todas esas ideas?- me grito.- Parece que lo que te falta es casarte ya, para que te compongas. Todo lo que te hemos enseñado, tu padre y yo, ha sido a reconocer tu instinto de ser mujer.

En cuanto dijo esto me saltó a la idea de que el androide, llamado padre, nunca ha estado en ningún momento de enseñanza y aprendizaje, sino en regaños y castigos. Mi madre continuaba hablando, pero mi mente viajó a imaginar cómo era la tierra de Lesbos. Por alguna razón me imaginaba una tierra roja, de la misma tonalidad de la sangre. Pienso que la imagino de ese color, porque es un color prohibido que representa la sangre, un indicio del retraso del cuerpo que ya solo tenemos las mujeres, y no los androides.

En cuanto mi madre dejó de gritarme, me levanté y me disculpé sin voltearla a ver. No supe por qué pedía disculpas, pero sabía que eso le causaría menos preocupaciones a ella y que posiblemente pensaría que había entendido su lección.

A la mañana siguiente, me paré a buscar a mi madre para preguntarle que quería para el desayuno, ya que por sus múltiples discapacidades desarrolladas desde que se casó, le costaba cada día más preparar los alimentos. En cuanto entré a su cuarto, encontré un cadáver tierno y con las manos agarradas en el corazón, como si tratara de que no se detuviera. En cuanto me acerque para abrazarla, escuché una voz robotizada y familiar detrás de mí. Era mi padre, qué digo, mi supuesto padre, quien solo se presentaba en los momentos más funestes, entre los cuales este era el peor.

Me dijo–. El cuerpo lo recogerán en unos minutos para llevársela a los laboratorios científicos.

Esos dizque laboratorios donde procesaban todos los cuerpos de las mujeres en cuanto morían para avanzar en la “modernización” de los cuerpos de las mujeres. Cosa que para mí, ya era una farsa rotunda.

El robot que llevaba mi apellido, o más bien, de quien yo había portado su apellido toda mi vida sin vínculo afectivo, ni recíproco, me dijo–. Hazte a un lado, este cuerpo debe firmar con el dedo su acta de defunción para que finalice el casamiento. El día de mañana pasará por ti el androide que será tu esposo hasta que la muerte te separe. No nos volveremos a ver.

–Por mi mejor -pensé con un grito dentro de mi cabeza-. Nunca me dio gusto compartir momentos contigo. Si yo misma fuera la misma justicia, responsabilizaría a ti y a todos los androides que destruyeron a la mujer que me dio vida y a todas aquellas que viven un momento breve de su vida para servirlos a ustedes. Pedazos de chatarra inhumanas.

Salí corriendo, sin decir nada, llorando por no haberme despedido de mi mamá como hubiera querido. Agradezco todo lo que hizo por mí, sé que lo hizo creyendo que era lo correcto, pero su sacrificio y su sangre me obligan a no reproducir la misma historia. Llegué a la estación de autobuses donde solo podían viajar mujeres. Volteaba a todos lados para verificar que nadie me reconociera.

Entre las pasajeras sentí una mirada persistente. Una señora alrededor de 35 años, al menos lo parecía, caminando a paso lento, se acercó y me dijo–. Oye, tú eres quien se va a casar en menos de un año ¿verdad? Por cierto, ¿cómo está tu madre?

–Esta mañana murió -respondí tajantemente-. Y sí, me voy a casar, pero no en un año, sino jamás.

En cuanto dije eso, me solté a llorar, porque sabía que la señora me reportaría con los androides guardianes para que me devolvieran a la ciudad.

Sentí, de pronto, su mano acariciar mi hombro y me dijo–.Yo era como tú, cuando era joven, no deseaba casarme. Incluso, apenas estaban robotizando a los primeros hombres que…

-¿Qué? -asombrada la interrumpí-. Pero eso fue hace como 60 años ¿Cómo es posible? De seguro es una broma de mal gusto.

–No- dijo con un semblante sumamente seguro–. Yo tengo 75 años, y nunca me casé. El androide que habían enviado a mi casa para casarme era de las primeras generaciones. Si no mal recuerdo era el modelo “Adán”, que significa “tierra”. En cuanto ocurrió esto, salí huyendo. Qué te digo, para ese entonces aún no nos implantaban los localizadores que seguramente te pusieron cuando naciste.

Respondí-. Sí, así es, a mí me lo pusieron en mi cuello.

–Qué mal- dijo cabizbaja-. Eso lo ponen ahí para que sepan adónde vas todo el tiempo y, en caso de que te lo quites, te desangres inmediatamente.

Tras haber conversado media hora con la señora, me atreví a preguntarle estrepitosamente-. ¿Usted qué sabe de las mujeres Eva?

Ella, sin sorpresa, me replicó–. En un principio tanto a mujeres como hombres deseaban ser robotizados y así los hicieron con todo éxito. Esa primera generación de mujeres se llamó Eva, que significa “dadora de vida”. Sin embargo, se percataron que la tasa de natalidad afectó el crecimiento demográfico de androides. Si sabes qué es tasa de natalidad, ¿verdad?

Avergonzada de que no estaba segura, asentí con la cabeza. Continuó contando–. Las ginoides comenzaron revueltas en defensa de los derechos de las mujeres humanas que vivían con los androides. Incluso, con decirte que las mujeres Eva son más fuertes que los androides. Por eso, es que les temen tanto, ya llevan años tratando de someterlas y no lo han logrado-.

Al escucharla atentamente, súbitamente la interrumpí y le pregunte-. ¿Usted sabe cómo llegar a la tierra de Lesbos?

-¿Qué dices? -me dijo preocupada-. Con el tiempo que llevas fuera de tu casa, porque seguramente te escapaste ¿no es así?, te rastrearán cuando menos te des cuenta. No sé si te daría tiempo de llegar.

–No me importa, yo sé que sí lo lograré -le replique con firmeza.

Pienso que, por el poco tiempo que me quedaba, la mujer que tenía frente a mí, una mujer que tenía un cuerpo libre, me dio en la mano una hoja y papel.

-¿Qué es esto? –me pregunté-. A poco es papel, nunca usé uno para leer o escribir-.

Ella me susurró al oído–. Toma esto y corre.

En cuanto abrí el papelito y leí una dirección me fui corriendo sin voltear a ver a la señora. Que por cierto, nunca le agradecí, ni le pregunté su nombre. Tras dos horas de camino, cansancio y nervios de ser alcanzada por los androides guardianes de la ciudad, logré vislumbrar a lo lejos una tierra verde, con grandes árboles y diversas especies de animales. No lo podía creer, nunca había visto árboles tan verdes y naturales, los de la ciudad eran pequeños y artificiales. Incluso, siempre nos decían en la ciudad que la flora y casi todas las especies se habían extinto, a excepción de las que consumíamos para alimentarnos. No podía creerlo. También, pude visualizar a lo lejos mujeres de mi misma corpulencia, pero de diferentes colores, pintadas y desnudas. Parecía que no solo había mujeres ginoides, sino humanas, parecía como si no hubiera diferencia alguna entre ellas.

En cuanto me iba acercando, comencé a correr más y más para llegar rápidamente. Yo estaba segura que en cuanto llegara me iban a proteger y, seguramente, a ayudar a escapar de los guardianes. Me pregunté en voz alta -¿Dónde está todo el color rojo que decían que rodeaba esa tierra de Lesbos?- Hasta el momento, no veía nada teñido de rojo. Poco a poco, acercándome las mujeres Eva, me percate que ya me habían visto. Me miraban fijamente a los ojos gritándome -corre, hermana, corre-. En cuanto terminaron de decirlo, comencé a ver cómo se teñía de rojo poco a poco el paraíso de Lesbos, mientras sentía punzadas profundas en todo mi cuerpo.

Finalmente frente a mis ojos tenía una tierra teñida de rojo que deberían compartir todas las mujeres. Una tierra de mujeres defendida por mujeres y para mujeres. Entendí por qué debía recordarse como una tierra roja de libertad. Porque solamente la sangre nos recuerda que somos más humanas. Y que hay esperanza. Pero también, que el sistema de los androides le teme a la sangre. Porque le recuerda lo vulnerable que es ante la humanidad, y que mientras haya sangre habrá resistencia y lucha. También, entendí que muy probablemente la mujer del autobús conocía esta tierra. Ella me ayudó a entender hasta mi último segundo de vida que la palabra “divorcio” es un adjetivo fuerte que no toma significado cuando una mujer se separa de un androide, sino cuando se separa de todo un sistema androcentrista.